

Año 3 Número 4 - Febrero de 2016



SOCIEDAD DE AUTORES  
INDEPENDIENTES

# Umbral

## Revista Literaria

S  
A  
N  
D  
E

### Colaboraciones

Ana Riera Don Srtxema Eric J. Lagarrigue Francisco Vernet  
Ignacio Castellanos Joalberths De Agrela Joe Aguilar  
Jonatan Bedoya Juan Gallardo Mario Medina Jorquera  
Victor Alejandro Hernández Víctor Gabriel Pardo Yoyce Hernández

# El precio del arte

*D*urante mi carrera como escritor, he encontrado muchas personas que opinan que vender el arte o hacer marketing de ellos no es algo bueno. ¿Entonces de qué puede vivir un artista si el único medio que tiene el hombre para sustentarse en una sociedad moderna es el dinero?, ¿y cómo puede vender si nadie le conoce? ¿De qué sirve para nosotros autores, ser reconocidos en muerte?

Escribir es un arte, pero también es un trabajo como cualquier otro y merece ser digno de una paga y reconocimiento justos para el autor. Desde el momento que nacemos estamos vendiendo nuestra imagen y esencia a los demás, permanecer con los brazos cruzados y pensamientos estrictamente negativos hará que llegues a ningún lado.

Es una estupidez pensar que el arte no tiene precio, es desmerecer el trabajo intelectual.

Autores, valoren más sus capacidades, valoren sus obras, de lo contrario dedíquense a otra cosa porque un escritor debe tener carácter.

*Eric J. Lagarrigue*

*Editorial*



*Umbral*  
 Revista Literaria  
 Órgano oficial de la Sociedad  
 de Autores Independientes

**Año 3 - Número 4 - Febrero de 2016**

<i>Dirección general:</i>	<i>Eric J. Lagarrigue</i>
<i>Corrección y estilo:</i>	<i>Henry G. Aguiar</i>
<i>Composición y diseño:</i>	<i>Eric J. Lagarrigue</i>
<i>Consejera editorial:</i>	<i>PhD. Naida Saavedra</i>
<i>Imagen de portada:</i>	<i>Eric J. Lagarrigue</i>

**Colaboradores de esta edición**

*Ana Riera Don Srtxema Eric J. Lagarrigue  
 Francisco Vernet Ignacio Castellanos  
 Joalberths De Agrela Joe Aguilar Jonatan Bedoya  
 Juan Gallardo Mario Medina Jorquera  
 Victor Alejandro Hernández Victor Gabriel Pardo  
 Yoyce Hernández*

**Contacto:** [revista@sainde.net](mailto:revista@sainde.net)  
 Los derechos sobre el contenido incluido pertenecen a SAINDE o a sus respectivos autores.  
 Las opiniones expresadas en los artículos publicados pertenecen a sus respectivos autores y no necesariamente representan la opinión de SAINDE.

# Índice de contenido

## Editorial

Nota editorial (*Eric J. Lagarrigue*) ..... 1

## Cuentos

Siniestra Estancia  
(*Ana Riera*) ..... 3

Agujas (*Joalberths De Agrela*) ..... 8

El Secreto (*Joe Aguilar*) ..... 12

Kumo y la luz de la luna  
(*Jonatan Bedoya*) ..... 16

Quisiera eclipsarte (*Juan Gallardo*) ..... 21

El coleccionista (*Mario Medina Jorquera*) .... 23

Entre miradas (*Yoyce Hernández*) ..... 26

Blanditos o doraditos (*Yoyce Hernández*) .... 27

## Poesía

¡Qué peluqueras!  
(*Don Srtxema*) ..... 28

“¡Oh! Dolor... (*Francisco Vernet*) ..... 30

El bosque de las mil lágrimas  
(*Ignacio López Castellanos*) ..... 31

Pobre huérfano olvidado  
(*Ignacio López Castellanos*) ..... 33

## Misceláneas

Frases Célebres  
(*Victor Alejandro Hernández García*) ..... 37

## Teatro

La Exagerada "Una piba como yo"  
Radioteatro (*Victor Gabriel Pardo*) ..... 35



La cultura y el acceso al conocimiento y al arte  
son derechos universales.

Sociedad de Autores Independientes

# Siniestra Estancia

La chica despierta de un desesperante sueño. Tiene la respiración entrecortada y un hilo de frío sudor cae por la parte baja de su espalda. La cama está revuelta y la almohada yace tirada en el suelo.

No recuerda la pesadilla de la cual acaba de despertar, y sin embargo un leve estremecimiento sacude su cuerpo al recordar la terrible sensación de miedo.

Se levanta de su lecho y se va al baño. Apoya su mano derecha en el borde del lavabo y echa una rápida ojeada en el espejo; de pronto se detiene en seco y mira las marcadas ojeras, parecían hematomas. Toma un poco de agua entre sus manos vueltas en cuenco y se lava la cara. Recoge su cabello en un desorganizado moño y lanza antes de salir una última mirada a la mujer del espejo.

Tiende su cama y cuando está por empezar a vestirse recibe un mensaje del chico que le gusta, quien le desea un buen día y le trata cariñoso. Sonríe tontamente a la pantalla del móvil, se sienta en su cama y envía otro mensaje de texto como respuesta.

...

La misma chica se encuentra dentro de un viejo café con aspecto renacentista. Está en un mesón alejada del resto de las demás personas. Tiene un libro de novela detectivesca sobre la mesa, un ejemplar algo manoseado pero no abierto como flor. Está apuntando algunas cosas de la clase recién vista. Recibe un nuevo mensaje. Es el chico que le lastimó el corazón. Le escribe porque quiere volver con ella.

Algo dentro de su pecho se mueve nerviosamente; siente una inquietud opresiva en su corazón. Una lágrima se le escapa de la comisura de sus ojos y baja despacio por su mejilla. Comienza a

responderle el mensaje, pero borra de inmediato lo escrito y deja el teléfono a un lado.

...

*La criatura se mueve nerviosa dentro de la pequeña habitación en penumbras, lo único que puede verse a través de la negrura son sus intensos ojos naranjas brillar bajo la espesa neblina que surge de los rincones más inhóspitos. No quiere que ella llore, ni que cometa alguna tontería. Le disgusta no poder hacer acto de presencia.*

*Está furiosa. Patea con la punta de su pie una de las esquinas de la habitación. El dolor físico es lo de menos delante del emocional. Aprieta los puños.*

*Una rápida idea le da clarividencia para saber cómo hacerse presente. Comienza a golpear con sus manos abiertas las paredes de aquel pequeño saloncito sin luz, desesperada y rabiosa.*

...

La chica siente como su corazón galopa, algo en su interior ruge. Se encuentra en su cama, llorando. Se acuesta en posición fetal; no sabe qué hacer. Ama a quien la hirió, y quiere a quien siempre ha estado a su lado. No quiere lastimar a uno, pero tampoco puede vivir sin el otro. El segundo merece todo y el primero no merece nada.

Se acurruca. Solloza. Se resigna. Afloja su cuerpo y se extiende a lo largo de la colcha. Se estira despacio y mira fijamente el techo. Sabe lo que tiene que hacer, pero no sabe cómo hacerlo. La presión en su pecho se desvanece poco a poco. Suspira con pesadez, toma su almohada y ahoga un desesperado grito con ella.

El timbre de la casa suena. Se levanta, camina presurosa al baño, se lava el rostro y sale a atender el llamado.

Se detiene en seco ante la puerta. Respira profundo y saca su mejor sonrisa, aunque el brillo de la felicidad no llega a sus ojos.

...

Es su amiga. Entra alegre a la sala y comienza a hablar. La chica se limita a asentir y a lanzar unas breves frases cuando es debido. Le inoportuna y a la vez le alegra su presencia. Le sigue quedadamente la conversación, mientras vaga entre sus pensamientos. Recuerda sonreír. La amiga no cae en su trampa, le pregunta qué le acontece. A regañadientes le contesta.

La amiga cambia su expresión, se muestra consternada. Levanta los brazos en señal de protesta. Ella responde de manera escueta, hace una pausa, respira y comienza a relatar todo como un fluido monólogo.

La amiga escucha, hace gestos de desaprobación una vez aquí y otras allá. Ella siente como la opresión en el pecho comienza de nuevo. La amiga espera que termine el relato. Se le acerca, y mientras la estrecha en un consolador abrazo le aconseja de lo que debería hacer, por ser lo más sano.

Se hace de noche. La amiga se va. Queda completamente sola en el departamento.

Enciende el reproductor. Comienza a escuchar música.

...

*La bestia se desliza con cautela por los rincones de la habitación, acariciando las paredes con un ferviente anhelo. Se sienta en un rincón. Suspira. Comienza a recordar todo.*

*Golpea con un puño amargo el suelo. Tapa su rostro con una mano mientras apoya la otra en una pared. Puede sentir sus sentimientos. Desea no sentir sus sentimientos. Quiere hacerle sentir el mismo sufrimiento que en su interior se cuece. Sabe que ella no le conoce. Lanza un rugido y se desploma sobre el frío suelo.*

...

Siente una extraña mezcla de ira, frustración y dolor. La música está a todo volumen. Ella está tendida en su cama. Entiende

todos los riesgos que conllevan cada decisión.

Lo mejor es actuar rápido. Agarra su móvil y escribe un mensaje de texto. Espera. Se envía. Lanza un suspiro y se va a dormir.

...

Despierta. El despertador suena. Lo apaga. Respira. Se siente mejor.

...

*La bestia permanece calmada, a la espera. Sabe que algo va a suceder. Espera que sea lo mejor. Un presentimiento le surge. Se prepara.*

...

Ella ya sabe cuál es la mejor opción a tomar. Está decidida. Se proyecta en un futuro. Sabe qué es lo mejor y lo peor. Decide actuar.

De pronto, comienza a sentir una nueva oleada de desespero en su corazón. Siente miedo. No sabe qué sucede ni por qué. El corazón le late fuertemente. Un primer pinchazo le alerta que algo no está bien.

Un segundo golpe de dolor en el pecho.

...

*La bestia está furiosa. Sabe cuál es su decisión. Sabe que no está incluido en ella. Mira como las paredes de la habitación se hacen más pequeñas a su alrededor.*

*Toma un mazo. Se decide. Atina el primer golpe. Los cimientos de la habitación crujen. Lanza el segundo... el tercero... Termina por destruir todas las paredes. Hay mucho polvo.*

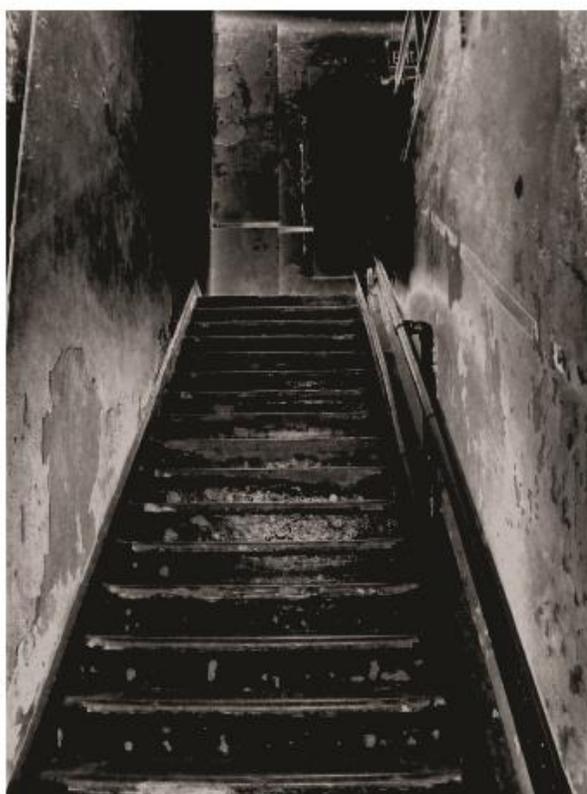
*La bestia siente como su cuerpo se va desvaneciendo. Se planta en el suelo. La siniestra estancia ya no existe.*

*Con una mano temblorosa coge un puñado de escombros.  
Las coloca sobre su pecho. Desaparece de la habitación.*

...

Está tendida sobre su cama. Sus ojos están perdidos en el vacío. Una mano sujeta el cuello de su blusa. Su rostro expresa sorpresa. Está lívida.

Su corazón ha dejado de latir. Ha muerto de un paro cardíaco.



*Ana Riera Barreto*  
*Barquisimeto, Venezuela 1995*

## Agujas

Tengo un corto recuerdo, borroso, casi desvanecido como si fuese un sueño o una alucinación, de haber estado guiando por una selva amazónica a una familia de cuatro personas brasileñas que vivían en su país natal en una pobreza asesina. Los cuatro habitaban en una favela pobre de Río de Janeiro, durmiendo en el suelo de un rancho sin habitaciones, sin nada que les cubriese el cuerpo por las noches, rompiendo a llorar al escuchar en las oscuridades gatos chillones asustados por los disparos de la calle. Por la selva iba frente a ellos con un machete en la mano rompiendo hojas de plátano y previniéndoles la aparición de mambas negras arrastrándose a sus pies. Íbamos en fila: primero yo; luego el padre alto de piel tostada por el sol del caribe; la madre sosteniendo el hombro de su esposo, guiada con los ojos completamente blancos; posterior el hijo pequeño llamado Pedro con una amplia sonrisa de guasón y ganas de correr, dejarnos botados a todos en la peligrosa naturaleza; de último iba un personaje callado, cubierto entero por mantas negras, caminando lentamente y alejado a unos metros prudentes del niño, una burka musulmana parecía cubrirlo sin razón cultural ninguna.

No sé de qué manera llegamos a aquel supermercado. Ellos sorprendidos con las bocas abiertas tocando el suelo miraban los desabastecidos estantes que eran cuarenta y en los que no había siquiera una bolsa de harina. El niño sentía estar en un paraíso suyo, corría por todos los pasillos gritando, sacudiendo sus brazos, golpeando el acero de los anaqueles oxidados. Podía escucharse desde la entrada a la madre gritándole: —¡¡Pedro já não está em execução, criança pára de correr!!—. Pero el pequeño seguía haciéndolo creo que con menos gritos para que su invidente madre fuese engañada. En la caja de pago estaba el padre que en algunos momentos movía el cuello para echar un vistazo a su esposa.

—¿Quanto é isto? —preguntó al tener cuatro artículos mediocres frente a la cajera.

—Dos mil bolívares señor.

Dos mil bolívares cuatro estupideces que no alimentarían a esta familia durante un almuerzo. —¿Qué pensará este hombre sobre el precio?— Me sonó en la mente la idea del arrepentimiento que debe sentir una persona al llevar a su familia lejos de la pobreza conocida para caer en el país de arriba donde nada se consigue, la suciedad es la misma, los precios son hasta más locos, el sol más caliente, el idioma parecido pero nunca igual.

—¿Tanto dinheiro? Não tenho tanto dinheiro ¿Qué país de merda é esta?

Yo quería morir de la vergüenza; en un banco donde habían tenido que esperar en una cola de ciento veinte personas yo le había comentado al hombre bajo mi tutela que mil quinientos bastarían para que compraran alimentos decentes, pero yo no podía saberlo, tenía ya en ese momento cinco años sin pisar mi tierra y en cinco podridos años la economía había ido palo abajo, la inflación hacia arriba en un doscientos por ciento.

—Eu terei que pagar com o cartão. Devolva minha carteira.  
—me dijo con una mirada fija de desconfianza.

Anteriormente habíamos pactado que yo tendría su billetera para evitar alguna escena de mal sabor en la que al ver sus fachas extranjeras algún motorizado pintado de naranja brillante quisiera robarlos. Se la di sintiendo miedo al notar que la arrancó de mis manos con agresividad; yo soy un joven bajo y de complexión delgada, contra un mastodonte cavernícola como él mi dolorosa derrota estaría asegurada en un mano a mano. La abrió y mi temor se intensificó: la tarjeta de débito del banco Venezuela que yo había conseguido para él estaba doblada formando un arco, inútil. La apretó con fuerza en sus rústicas manos, las venas de sus brazos brincaron de ira dejándole fluir fuerte la sangre, poniéndole la cara roja.

—Yo no he sido, yo no he sido, yo no he sido, yo no he sido.

—le musité rápido, muy alterado, preocupado por su reacción.

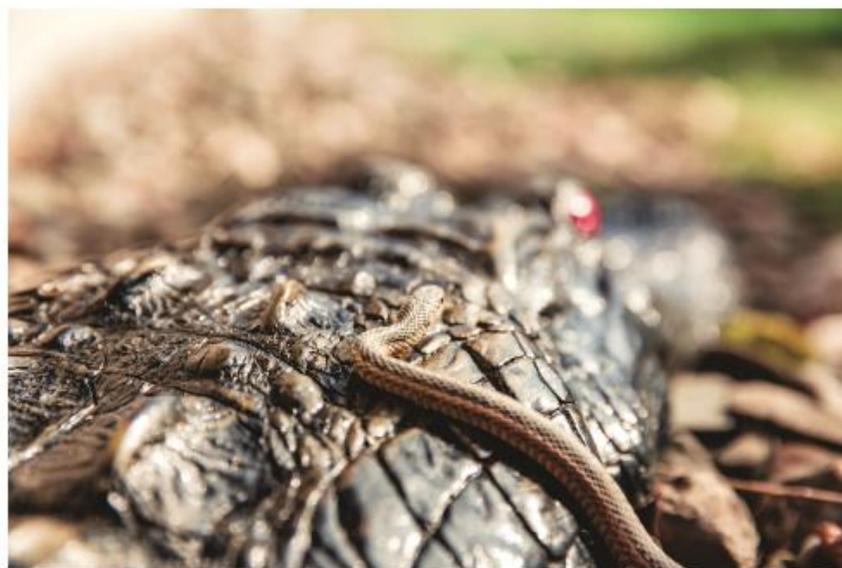
—Eu sei disso. —me respondió y le gritó al individuo de las mantas negras parado en la puerta inmóvil— ¡Você, venha aqui, agora! ¿O que significa? —y repitió varias veces— ¿O que significa? ¿O que significa? ¿O que significa? —Al no encontrar ninguna respuesta se dirigió a él una vez más— ¡Exibe sua cabeça que eu estou falando. Eu deveria ensinar para não tocar as minhas coisas!

Al caer sobre su espalda como una capucha Robinhoodiana la tela negra que cubría su rostro una cabellera negra saltó; era una muchacha de unos dieciséis años, de piel blanca con agujas por todo el rostro. De las que podía detallar había una fina cruzándole la mejilla derecha y cuatro más gruesas atravesando sus labios sin permitirle hablar nada. El padre la miró con repulsión-odio; la cajera que nos atendía parecía más ciega que la madre, su mirada no mutaba ante la presencia de la casi niña; yo por mi parte solo di un paso atrás observando de lejos como un golpe del poderoso brazo del hombre brasileño la golpeaba y luego su cuerpo se abalanzaba sobre ella como un violador o un depredador salvaje haciéndole heridas fatales. Minutos después la vi muerta en el suelo, con los ojos blancos y chorreando sangre en el piso, impecablemente puro, al parecer recién pulido.

Yo miraba sin hacer ruido por la cerradura de una puerta, como en un cuento que había leído alguna vez sobre un hombre obsesionado con un ojo celeste, a la chica de las mantas negras sin nada encima esta vez, con muchas más agujas de las que yo reconocía. Dos atravesaban los talones de sus pies invocando la muerte del pálido Aquileo y diez en vertical traspasando cada uno de los dedos; sus rodillas estaban llenas de una acupuntura nada saludable; más arriba tenía un cinturón de alambres torturadores; en sus pezones dos pequeñas agujas en vertical y otras dos dentro de sus conductos mamarios; y en el cuello un collar muy bien combinado con el adorno de su cintura. En cada uno de los dedos de sus manos había clavadas tres púas que marcaban sus articulaciones, y las mismas sostenían dos lanzas enormes que clavó bajo sus costillas lanzando una bocanada de aire sonora,

gutural como si fuese a vomitar... a botar de sí todo el dolor líquido que le corría por las venas. Traté de entrar, pero la puerta continuaba cerrada y de dentro saltaban gritos de dolor. Por debajo de la claustra entrada empezó a correr un chorro de sangre negra reflejando una sonrisa liviana, como la de un ángel caído que es perdonado.

Abrí los ojos llorando desconsolado, tirado en el suelo con las lanzas en mis manos.



*Joalberths De Agrela*  
*Colombia 1994*

## El Secreto

Se disponen a levantarse del mueble, como si nada hubiera sucedido. Una sonrisa abarca sus rostros. (Tal vez sea la satisfacción de lo que acaban de hacer). Minuciosamente van levantando la posible evidencia de su cometido. Nada les detiene. Pasan un trapo por encima del tocador borrando la escena de su íntimo crimen.

Inesperadamente, se escucha a Brandy desesperada:

—¡Apresúrate!, que ya no tardan en volver.

—¡Cállate!, nos pueden descubrir —replica Joe. Mientras que en una forma metódica, continúa borrando cualquier rastro que pudiera indicar que estuvieron allí.

—Anda y pásame otro paño. No tengas miedo, nadie sospechará de nosotros.

—¡Claro!, eso dices tú porque no tienes nada que perder. Pero yo, tengo una familia y no quiero que por mi culpa sufran.

—Si en realidad te importara no harías esto. Ya es muy tarde para arrepentirse, ¿no lo crees?

Brandy simplemente baja la cabeza y no dice nada. En su interior, una gran culpa la agobia. Es demasiado tarde para arrepentirse. Por otro lado, disfruta estar en compañía de Joe; le atrae su manera espontánea de solucionar las cosas más difíciles y embrolladas. En eso, Joe, apresurado abre la puerta. Sigilosos, ambos salen de la instalación a sus respectivos sitios de trabajo.

—¡Nos veremos mañana! Igual, a la misma hora —insinúa él murmurando, mientras observa a Brandy directo a sus bellos ojos verdes.

—¡Seguro!, sabes que me encanta ser tu cómplice —afirma ella sonrojada, dibujando una bella sonrisa pícaro en su rostro.

Para Brandy es un idilio estar al lado de Joe. (Creo que está enamorada de él. Espero sea correspondida, y si no, ¡qué más da!, disfruta cada momento a su lado). Mientras que para él, simplemente es otro día más disfrutando de un “pitillo” en compañía de ella durante horas laborales en la empresa. Una última mirada detiene el tiempo entre ellos. Un guiño de ojo por parte de

Joe hacia Brandy y ambos vuelven a sus respectivos sitios de trabajo.

Una voz alterada se escucha en los pasillos que van directo a la Gerencia de SAZ Inc. A lo lejos se distinguen a dos empleados jubilados despidiéndose. Mientras tanto, en la oficina del Ingeniero Murillo, una joven irrumpe en llanto. Se encuentra molesta y nerviosa. El ingeniero cierra la puerta y baja las persianas de su despacho.

—Cálmate Lizzy, ¿cómo es posible que me vengas con eso a estas alturas? Tú sabes muy bien que aún no puedo decirle. Ha estado presente desde mi titulación y sería devastador para ella.

—¡Ese es tu problema!, me resuelves en este instante mi situación o hago un escándalo aquí mismo.

—¡Que te calmes! Dame tiempo, estas cosas no se resuelven en un tris. Menos, después de lo que sucedió la semana pasada.

—¡No me interesa!, de aquí no me salgo hasta que me des una solución. Y no te atrevas a llamar a seguridad. Será peor para ti.

El rostro del ingeniero Murillo se muestra nervioso y titubeante ante la amenaza de Lizzy, la asistente personal de la licenciada Jessica Van Haugen, magnate del emporio transnacional SAZ y esposa del ingeniero Carlos Murillo. Se aproxima a su teléfono y lo toma entre sus temblorosas manos. Una mirada determinante se clava sobre la persona de Carlos, mientras que balbuceante, intenta calmar a Lizzy Saint Laurent.

—Está bien, te prometo que en este instante hablo con ella. Solucionaremos este problema de una vez te lo prometo.

—No te creo, eso me vienes diciendo desde la semana pasada y aún no resuelves esta situación.

—Es que no es fácil, entiéndeme. Tengo mucho que perder. En cambio tú sólo pasarás un mal rato.

—Mal rato, no lo creo. Menos cuando se entere tu esposa que soy tu hija.

Carlos no dice nada, simplemente marca el número de la oficina de su esposa.

—Sí, ¿Estela?, comuníqueme con mi esposa. —El rostro palidecido del ingeniero Murillo no da para más. Una convulsión hace presa de él. Mientras, la señorita Saint Laurent se precipita a asistir a su padre de inmediato.

En el último piso de la torre Sinclair, se encuentra la oficina

privada de Jessica Van Haugen. Una mujer metódica que ha hecho su fortuna en base de esfuerzo y disciplina constante. Una mujer desafiante y firme en sus decisiones. Pero que oculta sus placeres y bajos instintos éticos y personales.

—¡Excelente Ferriz! La proyección de esta temporada invernal nos viene fenomenal a todos. Por eso quiero que se haga cargo de la nueva sucursal en Caracas. También quiero que disponga de la licenciada Lizzy Saint Laurent como su colaboradora directa. Sé que no tendrá ningún problema con eso.

—Será un honor colaborar directamente con usted Jessica. Además, esta oportunidad será única para usted y para mí.

—Ya lo creo querido Ferriz, sabe que depende de su discreción que continuemos así.

—¡Y vaya que así será! Sobre todo, si tomamos en cuenta que toda la transacción será bajo estatutos domésticos allá en Caracas. Así usted no tendrá que pagar acá en Texas impuestos por lo hecho en Venezuela.

—¡Eso lo sé! No soy una estúpida. Usted sabe muy bien querido amigo rabo verde a que me refiero. Tendrá a su entera disposición a Lizzy. Ya sabrá cómo tenerla comiendo de su mano.

Unas sonrisas se intercambian en la oficina de Jessica Van Haugen. En eso, el teléfono los interrumpe:

—¿Qué sucede Estela? ¿Cómo? ¡Ya voy para allá!, mientras llamen a emergencias para que asistan a mi esposo.

—Ferriz, hágase cargo de lo que hablamos inmediatamente. Y manténgame al tanto de la situación.

—Sí, así será Jessica. ¿Todo bien?

—No, es Carlos, sufrió un paro cardíaco. Bueno, lo dejo, voy a ver qué sucede.

—Seguro, no la entretengo más —advierte su fiel confidente y contratista personal.

La licenciada Van Haugen sale de su despacho rumbo al ascensor, toma su celular entre sus manos y empieza a hacer una llamada. Mientras, al pasar por el escritorio de su segunda asistente: Estela Maduro, gira instrucciones.

—Estela, no estoy para nadie. Hágase cargo de mi agenda.

—Como usted diga licenciada —replica su asistente con firmeza.

Al cerrarse las puertas del ascensor, Jessica toma la llamada con esa sonrisa muy peculiar en ella.

—Joe, te veo a la noche, estaré sola. Carlos estará en el hospital por un buen tiempo —advierte ella, agregando— Te puedes quedar toda la semana, si así lo deseas.

Al llegar a la oficina de su esposo, recibe la noticia que este ha fallecido. Jessica, simplemente aparenta delante de sus empleados su consternación ante lo sucedido. Mira fijamente a Lizzy y sonríe.



*José F. Aguirre Aguilar*



*(Joe Aguilar)*

*El Paso, TX, USA*

# *Kumo y la luz de la luna*

Existen malas decisiones que tras la intervención del miedo nos llevan a actos irreversibles y sucesos ante los que angustiosamente no podemos hacer nada, además, cuando no se nos es posible escapar y las opciones se limitan, sucumbimos a la desesperación, a veces está nos lleva a la locura, imaginamos y sentimos cosas más allá de lo real, a tal punto que nos creemos libres, aun observando las cadenas que inconscientemente nos dejamos atar, creemos vivir una verdadera realidad. Pero hay ocasiones en que perdemos por completo el sentido y ya no distinguimos qué es real y qué no lo es. Tal cosa fue mi pecado, como pago fui a parar en aquél lugar, ese lugar seco y deshabitado. Solo quería cambiar mi vida, esa a la que no le encontraba sentido, escapé de ella dejando atrás todo: mi familia, mis amigos, mi país. Crucé ilegalmente la frontera, ahora estaba allí abandonado por esos malditos de la caravana, engañado y perdido en medio del desierto, lo único que tenía que hacer era caminar hasta Quimitari la ciudad más cercana en Misur y fue lo único que hice, caminé y caminé sin notar ningún avance, solo montañas de arena y un sol insoportable, no sé en qué estaba pensando pero tendría que valer la pena. Las horas pasaron hasta caer la noche, creí que estaría mejor así, que se me haría más fácil avanzar pero estaba helada; el cambio brusco de temperatura me afectó y potencializó mi agotamiento, tenía mucho miedo, estaba solo y temía no salir, temía morir y que mi cuerpo no fuera encontrado, no era un chico atlético, estaba muy cansado; no quería parar, tenía la perseverancia de salir de allí antes del amanecer pero el cuerpo no me respondía más y caí boca abajo sobre la arena fría, el instinto de supervivencia hizo que diera media vuelta y entonces abrí los ojos y la vi, iluminando esplendorosa esa luna rojiza, tan cerca que tuve la sensación de poder tocarla con solo extender mi mano, estaba allí, rodeada de tantas estrellas como nunca había visto, fue una vista magnífica que solo duró unos segundos, porque la oscuridad sin anunciar penetró en mí y cubrió mis ojos.

Al despertar, no supe en dónde me hallaba ni cómo había llegado, extrañado me puse de pie y observé con asombro un lugar que fácilmente se confundiría con el paraíso, con múltiples prados bañados de hermosos colores y aromas, un bosque que rodeaba todo con

árboles de distintas clases, un pequeño río que alimentaba un no muy extenso lago, que desde lejos me encandelilló con los rayos de sol reflejados. Al acercarme, sentí el deseo de sumergirme y refrescarme así que lo hice y, mientras estaba en aquellas aguas me pregunté cómo fue que resulté allí después de haberme desmayado, sé que no fue caminando dormido, lo más fácil sería haber sido encontrado por alguien o traído por las personas de la caravana que, tras apiadarse de mí me habrían rescatado seguramente de una muerte odiosa, o quizás cualquier otra persona ya que desde el inicio descarté la posibilidad de estar viviendo una fantasía, pues todo era muy real.

Permanecí quieto, perdido en mis pensamientos durante un largo rato, hasta que un fugaz movimiento en el bosque me advirtió bruscamente que no estaba solo, confirmando tras la visión de una pequeña silueta a la sombra de una enorme arboleda, no tuve otro deseo más que el de conocer quién era, así que rápidamente salí del agua y corrí hasta allí, con la sorpresa de hallarme ante un anciano con ropas harapientas y desgastadas, con ojos hundidos y nublados que miraban con alguna clase de tristeza. Lo saludé y pregunté si estaba bien, mientras me le acercaba para detallarlo mejor; él, no dijo nada y permaneció inmóvil, así que volví a hablarle para preguntarle sobre aquel lugar y esta vez rompió su silencio pero, en vez de hablarme sobre lo que pregunté me pidió comida, sin dejar de verme siempre tan fijo; yo no traía nada, entonces sugirió alcanzarle algunas frutas de unos árboles no muy lejanos, dijo que ya estaba muy viejo para tomarlas sin ayuda, eran tres arboles juntos pero diferentes entre ellos, cada uno daba un fruto distinto, acepté y nos dirigimos hasta allí, mientras caminábamos el viejo no hizo ningún ruido más que el de sus pies descalzos en la tierra y las hojas secas, no mencionó ni una sola palabra pero, mientras le alcanzaba los frutos le pregunté de nuevo sobre ese lugar en el que me encontraba sin idea de cómo había llegado, sin embargo la respuesta del anciano me extrañó, pues dijo que ese era un lugar sin tiempo, no entendí y se lo hice saber, entonces respondió que no necesitaba saberlo, no necesitaba saber más y justo después de decirlo se marchó; mientras se alejaba me advirtió que si no quería terminar mal, debía cuidarme de las telarañas y abrir los ojos.

Caminé preguntándome de qué hablaba el viejo, se me ocurrió que estaba loco, así que proseguí en mi viaje aunque sin saber hacia dónde, solo que esta vez tenía más esperanzas, al menos ahora contaba con más posibilidades.

Al pasar varias horas me fijé que por más que caminaba parecía como si no avanzaba, me sentía atrapado caminando en círculos, era

pero aun sabiendo esto seguí avanzando, fue así hasta que por fin llegué a una colina, donde se podía ver gran parte del lugar, se podía ver muy lejos. El sol casi oculto y la luna ya posada, miré valles manchados con los más vivos colores. "Este es un bonito lugar", escuché decir a una voz suave y dulce. "No eres de por aquí", de nuevo escuché la misma voz, la escuché detrás de mí, giré y la vi, a una mujer hermosa, más bella que cualquier cosa que haya visto, inmediatamente sentí como todo mi cuerpo se paralizaba por aquella belleza, por esos ojos negros con una chispa amarillosa y cuatro peculiares puntos en su frente y su cabello blanco, largo y liso. "Hola soy tu destino", dijo sonriendo con un gesto que desestabilizó mis sentidos, una sonrisa como nunca había visto, una sonrisa que compartimos, no me di cuenta cómo me presenté ni lo que sucedió después, solo supe que caminamos juntos y me tomó de la mano. Suspiré todo el tiempo, me sentía en una burbuja de felicidad. Platicamos sobre aquél lugar y sobre muchas otras cosas de mi vida, corrimos, jugueteando hasta llegar casi a la media noche. Nos tiramos en el suelo tomados de la mano observando las estrellas y esa luna, esa luna que esta vez estaba amarillosa, maravillosa, aunque hermosa daba una sensación terrorífica, todo fue perfecto, nunca estuve tan feliz. Hubo unos minutos de silencio hasta que lo dijo: "Quédate con migo, quédate con migo para siempre", se levantó y se puso de rodillas, yo hice lo mismo sin dejar de verla a los ojos y volvió a mencionarlo: "Quédate con migo para siempre", yo asentí con la cabeza. Soy un hombre lleno de sueños y creía tener uno en frente, cómo negarme a él.

Nos acercamos para crear un beso que encajaría perfectamente con mi rara felicidad, pero antes que se sellara, antes de cerrar los ojos creí ver al viejo parado detrás de ella, mientras tenía los ojos cerrados vinieron a mí las palabras de ese anciano y sentí miedo, así que rápidamente abrí los ojos y en un segundo vi como la silueta del viejo se desmoronaba en cientos de arañas que luego sentí subir por mis piernas; lo que más me espantó fue ese ser grotesco y horrible con seis odiosos ojos, horrendas patas flacas y largas y un cabello abundante y blanco que parecía no tener gravedad, ese ser que se erguía ante mí, ante mi miedo, quebrando mi sueño y mis esperanzas; no pude ni gritar, solo estaba allí sin poder moverme, horrorizado y con el alma que se me escapaba y, no fue más pasados dos segundos después de abrir los ojos que escuché su primer y eterno grito, frenético, con esos terribles, manchados y mellados colmillos que amenazaban con destruirme, no fue más que suficiente su chillido para lanzarme por los aires unos cuantos metros, precisos para sentir que podía escapar. Sin mirar atrás eché a correr con el corazón más agitado que nunca,

mientras corría sentía cómo sus patas sometían violentamente la tierra, escuché esos chillidos que de alguna forma me animaban a correr más deprisa, sintiendo cada vez más lejos sus pisadas, sin saber hacia dónde corría me adentré en el bosque, tomando así más ventaja, escuchaba como ese horrible y demoniaco monstruo derribaba decenas de árboles. Creí que podría salir de esa situación, mantenía una chispa de esperanza, al menos la luz de la luna fue buena conmigo y me tranquilizó lo suficiente para examinar y percatarme que, en este bosque se sentía una soledad infinita, como si se robara la alegría, como si no existiera la felicidad; un bosque fantasmal con una niebla y un frío macabro con esos árboles marchitos y retorcidos: pútridos. Me detuve por completo, esta vez no escuché nada, ni siquiera sus pisadas ni sus chillidos, tal vez dejó de perseguirme pensé, pero no debí confiarme, porque cuando lo hice terminé de sellar mi maldición, ya no podía hacer nada, ya todo estaba listo. Un corrientazo recorrió todo mi cuerpo después de sentir una picadura, seguramente de una araña, lo que me hizo más torpe, más lento, casi no podía moverme, así que no pude continuar en mi huida, no pude seguir avanzando, entonces escuché un gran estruendo como si hubiera caído un objeto a la tierra desde una altura increíble, era ella. Mi terror no pudo ser más intenso, no podía escapar, era inútil, estaba paralizado y sin fuerzas y ella, ella tranquila en frente observándome.

Sentí como el corazón quería salirse de mi cuerpo cuando empezó a acercarse lentamente con esa sonrisa.

Quién sabe qué fatalidad me esperará, quizás el destino tenga para mí algo más horrible que la muerte misma.

Derrotado caí al suelo y al percatarme que otra vez podía moverme, no se me ocurrió más que contemplar por última vez la luna, extendí mis manos con intención de suplicarle ayuda de alguna forma, esta me iluminó con sus embrujados destellos confundíendome con un nuevo terror, pues mis manos estaban esqueléticas. Lancé una confusa mirada a mi compañera pero, asombrosamente ella ya no estaba, tampoco estaba el bosque fantasmal ni la terrible luna amarillosa, de nuevo me encontraba en el desierto nocturno debajo de la imponente luna rojiza, donde reinaba el silencio.

Sin comprender todavía lo sucedido, caminé un poco con alivio, no por mucho tiempo, pues creí ver una sombra tirada en la arena, se trataba de una persona. Creyendo haber encontrado la salvación corrí curioso hasta estar tan cerca para reconocerlo, entonces, sentí un escalofrío que me heló hasta el alma, aquel cuerpo no era otro más que el mío. Era una locura, jamás había sentido tanta

confusión mucho menos tanto horror; sin embargo aún venía lo peor, una concentración de sensaciones indescriptibles, paralizantes y fulminantes, producto de enterarme lo que sucedía cuando el cuerpo abrió los ojos frente a mí con una sonrisa malvada, con esos ojos increíblemente negros con una chispa amarillosa y cuatro peculiares puntos en su frente.

Fue desde entonces cuando para mí la luna dejó de brillar y las tinieblas lo cubrieron todo, el silencio continuó reinando, desde entonces nunca más fui libre, nunca más estuve sólo.



*Jonatan Bedoya Zapata*

*Ibagué, Tolima, Colombia*

# Quisiera eclipsarte

Alma suspiró al darse cuenta de que la marea se alzaba en el mar, sus ojos marcaban el paso de segundos en extremo lentos a medida que seguían al sol que se aproximaba a sumergirse de manera gradual en aquel vasto océano. Se hallaba sentada en la grisácea arena de la playa, próxima a la orilla.

Le agradaba la calidez del atardecer, pero le hacía sentir como que algo se le escapaba, como si su corazón estuviera representado por ese astro rojizo, y se apagara un poco más cada vez que este se escondía y luego emergía. Dolía.

Sus pies descalzos tocaron el agua justo cuando el sol tocó el horizonte, pudo sentir el entumecimiento en sus dedos, en la planta de sus pies. Las olas llegaron tímidas, con cierta sutileza, pero con marcado incremento, pronto el agua cubría completamente sus pies y comenzaba a escalar por sus canillas.

Le regocijaba la tonalidad que adquiría la húmeda arena al iluminarse por el moribundo atardecer, pero ese placer también se difuminaba a medida que era rebasada por la marea.

El agua le llegaba ya al ombligo, el frío se extendía por su cuerpo y la luz en el cielo se disipaba irremediamente. Su cuerpo comenzó a sufrir estremecimientos, su delgado vestido blanco ya se despegaba de su cuerpo en un movimiento que armonizaba con las ligeras olas que la golpeaban.

Su visión periférica la distrajo un momento de su temple, había percibido un movimiento extraño. Era un cangrejo, uno que emergía de entre las olas a dos metros de ella, parecía desplazarse por sobre el agua en una caminata santa. Sabía que no tenía sentido, aquello sólo podía deberse a una razón. Alma confirmó sus sospechas cuando vio el cabello oscuro del pálido muchacho.

El chico vestía de negro, emergía del agua tan rápido como Alma se sumergía, al ritmo del crecimiento de la marea, o quizás, un poco más rápido.

Cuando el agua cubrió lo suficiente a Alma el chico se acercó, entonces ella tenía el agua hasta el cuello, y el chico también, él se sentó a unos metros de ella.

Apenas y pudo mirarlo, Alma tenía sueño, la luz del sol restante

apenas le permitía ver nada y el frío del agua siempre la adormecía de sobremanera.

La chica a su lado se durmió entre las olas, solo la vio desaparecer bajo el agua. Odiaba no poder dirigirle la palabra, odiaba no poder tomarla de la mano, pero venían de mundos muy distintos, tan distintos que sólo se podían tocar una vez cada muchos años. Pero verla era más de lo que podía pedir, no siempre tenía la oportunidad de hacerlo.

En cuestión de minutos él pudo emerger totalmente del agua, entonces caminó libremente por la playa a la sombra de la luna que se alzaba creciente sobre las mareas. mirar atrás eché a correr con el corazón más agitado que nunca,



*Juan Carlos Gallardo Araya*

*Santiago de Chile, Chile, 1992*



# El coleccionista

En los últimos lustros la cantidad de personas dedicadas a coleccionar cosas ha crecido lo mismo que las enfermedades mentales. Aún no es posible establecer la causa o circunstancia de tal comportamiento en la gente y todo ha quedado en teorías derivadas de estudios al respecto. En Valparaíso por ejemplo vivió uno de ellos, un coleccionista de tomo y lomo que sin parar acumulaba sus pertenencias en la entrada de su domicilio. Lo de pertenencias era un mero decir, ya que el coleccionista sufría quizás de un mal llamado mal de Diógenes, que lo hacía amontonar; sin discriminar; una cantidad incalculable de cosas, incluso basura y desperdicios. En consecuencia el viejo se encontraba durmiendo entre montones de ropa vieja, cartones deshechos por la humedad y viejos tablones de lo que alguna vez fue una litera.

La municipalidad de Valparaíso, fundaciones de caridad, el hospital psiquiátrico, incluso la corporación para la superación de la pobreza no habían escatimado esfuerzos, todos infructuosos, de erradicarlo de allí. Se pretendía instalarlo en un hogar de ancianos, pues era un hombre de edad avanzada, o que por su propia voluntad se internara en el sanatorio para enfermos mentales. Cuando alguien se acercaba a sus dominios a tratar de convencerlo de aquello, irrisoriamente vociferaba acerca de sus increíbles riquezas y tesoros que tenía oculto debajo de lo que trataban de hacerle creer que eran inmundicias. Solía decir con altanería que por nada del mundo se movería de allí, porque en el lugar donde se encontraba poseía todo lo que cualquier hombre en su sano juicio deseaba tener.

Muchas veces el municipio envió camiones recolectores de basura a limpiar la calle. Por aquel entonces el tráfico de personas y vehículos resultaba muy dificultoso debido a la gran cantidad de porquerías acopiadas por el viejo. En el momento que eso

acontecía el particular anciano gemía, pataleaba, maldecía a todas partes por lo que él llamaba un abuso de la autoridad a sus derechos de ciudadano. Más el municipio demoraba en retirar los escombros, que el anciano en atiborrar de nimiedades de nuevo la avenida. En otras palabras se trataba de un problema sin solución y nada más se podía hacer, porque la vivienda del problema era, como si de una maldición irónica se tratase, de propiedad del coleccionista.

Ante tan descomunal acumulación de porquerías la prensa empezó a interesarse por su historia. Constantemente subían inescrupulosos reporteros hasta su santuario de cachivaches con el fin de hacer un reportaje sensacionalista y obtener a toda costa la exclusividad de la noticia antes que otros medios. A esas alturas el arcaico personaje ya estaba en boca de todos. Los diarios locales, la radio, incluso la televisión pretendieron ofrecerle ayuda en ropa, dinero y víveres con tal que se dispusiera a ser atendido por profesionales y de paso ellos, hacer el artículo excepcional que tanto deseaban. Incluso la iglesia a través de sus voluntarios intentó sacarlo de allí pero nunca se llegaba a nada. El viejo seguía enraizado en su casa y no se cansaba de repetir que no padecía ninguna clase de necesidad.

El problema sanitario que esto acarreó traspasó todo límite. Se hizo de carácter prioritario para la municipalidad solucionar este asunto y no hubo más remedio que desalojarlo por la fuerza. El despliegue operacional que se dispuso para marginar al pobre octogenario de allí no tuvo paradigma alguno en la historia de Valparaíso. Llegó la policía con sus furgonetas, los bomberos en sus carros bombas, la guardia civil, ambulancias del hospital psiquiátrico, la prensa con sus despachos móviles minuto a minuto y un montón de ciudadanos curiosos.

Nadie se quería perder el desalojo del coleccionista, movidos por el natural morbo que caracteriza a los seres humanos en situaciones poco comunes. No fue cómoda la faena para los del municipio, tuvieron que abrirse paso entre el montón de escombros y buscar con ayuda de perros adiestrados para esos fines el lugar exacto donde se hallaba el veterano. Cuando fue encontrado al fin y desalojado se le internó en el hospital psiquiátrico en contra de sus deseos. El municipio, una vez que comprobó que el coleccionista

no poseía parientes vivos ni descendientes, limitó su trabajo a limpiar el lugar. Para cerciorarse de que al interior de la casa no acumulaba ninguna clase de desperdicios se irrumpió dentro. Para desconcierto de todos se encontró dentro en completo orden una cantidad incalculable de oro, dinero y joyas. En las autoridades no cabía explicación alguna ante el hallazgo, era sorprendente que aquel hombre guardara una fortuna tan importante viviendo en esa paupérrima condición. La respuesta a esa interrogante vendría más tarde desde el sanatorio para enfermos mentales y fue el mismo anciano acaudalado quien la entregó al verse sin otra opción: “Hace muchos años salí a hacer unas compras al centro de la ciudad, compré lo que necesitaba en ese momento, no recuerdo que cosa, y al regresar estando frente a la puerta me di cuenta que había perdido mis llaves. Como no quería arriesgarme a que alguien me robara si pedía ayuda me puse a vivir afuera; obteniendo todo lo necesario de las calles, tal como lo hacen los perros y los vagabundos de la ciudad”

Ante tan increíble e inesperada explicación los médicos dieron de alta inmediata al coleccionista.



*Mario Medina Jorquera*

*Santiago de Chile, Chile, 1992*

# Entre miradas

Había algo inquietante en su mirada. No lo podía disimular pero trataba con todo su amor propio, que debo decir no le bastaba. De no dejar salir por aquella boca aprendiz de la bella palabra, los más oscuros sentimientos. La miré con desconcierto fingiendo que no conocía esa fachada ¡Si la he visto en cientos!

—¡Son celos! —me reclamó— ¡Celos! Viles celos.



*Yoyce Aranni  
Hernández Reyes  
Cuidad de Colima, México*

# ¿Blanditos o doraditos?

Me preguntaron ahí en la cenaduría de Doña Mercedes, ahí cerquita del jardín de la Villa, a unos pasos de aquellos charros montados en caballos de bronce, creo haber visto escaramuzas también.

—¿Blanditos o doraditos? —Insistió la chica con sus notas y lapicera haciendo movimientos con esta, como si de la manecilla de un reloj antiguo se tratara, tic tac, tic tac y esperando.

—Blanditos —respondí con la imagen del mentado cucu atormentando mis oídos. Los ordené así, de alguna forma para llegar a tu subconsciente para que no fueras a hacerme daño, para que fueras blandito pues, conmigo o contigo.

—He tenido pensamientos suicidas —Me dijiste. No pude evitar el desconcierto, un poeta, que irónica es la vida, quizás alguna vez yo tuve ese tipo de sentimientos, pero eran tan torpes y tan sumergidos en el capricho de la idea absurda que la verdad no tendrían propósito alguno de existir.

—¿Por ella? —pregunté. El silencio nos sumergió más de lo normal.

—Si, por ella —contestaste. Y la noche siguiente te cobijó la muerte entre los sueños y las canciones que algún día te dediqué en la jaula de mi soledad. Aquella noche cerraste los ojos para siempre y aunque al día siguiente volvieras a trabajar, yo le mandaba flores a tu deseosa e imaginaria tumba.



*Yoyce Aranni*

*Hernández Reyes*  
Cuidad de Colima, México

*¡Qué peluqueras!*

El otro día,  
a la "Pelu"  
yo iría,  
y en ella,  
dos lindas "Mozas"  
había;  
no recordaba desde cuando  
no iba,  
aun así...  
La tardanza  
mereció la pena.

Nada más entrar  
los ojos  
se te iban a ellas,  
ambas  
son hermosas doncellas;  
una,  
parecía ser la dueña,  
la otra,  
tal vez la más joven,  
fuera  
la que me atendiera.

Rostro de querubín,  
media melena morena,  
grandes ojos  
y labios sensuales,  
su sonrisa...  
Inimitable.

Su compañera  
parecía más seria,  
aun así,  
desbordaba esplendor.

Su pelo rizado  
realzaba  
su rostro  
cual  
trono a reina,  
sus brillantes ojos  
se nos mostraban  
como los luceros al alba,  
adornándolos,  
con unos hermosos labios  
finos y sonrosados,  
que parecieran  
querer llamarnos.

El arreglo de melena,  
se convirtió  
en un corte de pelo,  
para así,  
poder estar a su vera.  
Qué Mozas,  
qué doncellas,  
quien fuera el príncipe  
que las convirtiera en reinas.

Don

Con todo el cariño y respeto, para las dos radiantes princesas  
que reinan en la "Pelu"...

E. Lecrerc de Miranda



*Don Irtxema*

*Victoria Gasteiz - Álava, Arava 1957*

# "¡Oh! Dolor...

"¡Oh! Dolor...

¡Delicado exudado cristalino que surges del alma!  
 Tibio candor, que en tu caída...  
 exclamas, la nota funesta de quien,  
 añora la caricia, del otrora vivo rojo carmesí,  
 de sus labios...  
 el toque tibio de sus manos...  
 en la entrega incondicional de su promesa.

Dolor...  
 Contenido en salinidad,  
 ¡gota de amargura!  
 Sustento de tiempos de añoranza,  
 conjugados de demonios que en gramajes de sal,  
 enjugan sinsabores de otrora tiempos... perdidos,  
 tiempos de vals,  
 al tiempo de la caída de mi amargura en gotas,  
 evocando perdones,  
 silabas... silentes,  
 revolcadas entre perdones pedidos a gritos,  
 de entre satín, y su rojo grana,  
 ¡vana inquietud de sentimientos!  
 Uno a uno... añorando en gramajes de sal,  
 Dando en atemporal entrega, el suspiro de su amor;  
 amor... de quien, aún... ¡se entrega!"



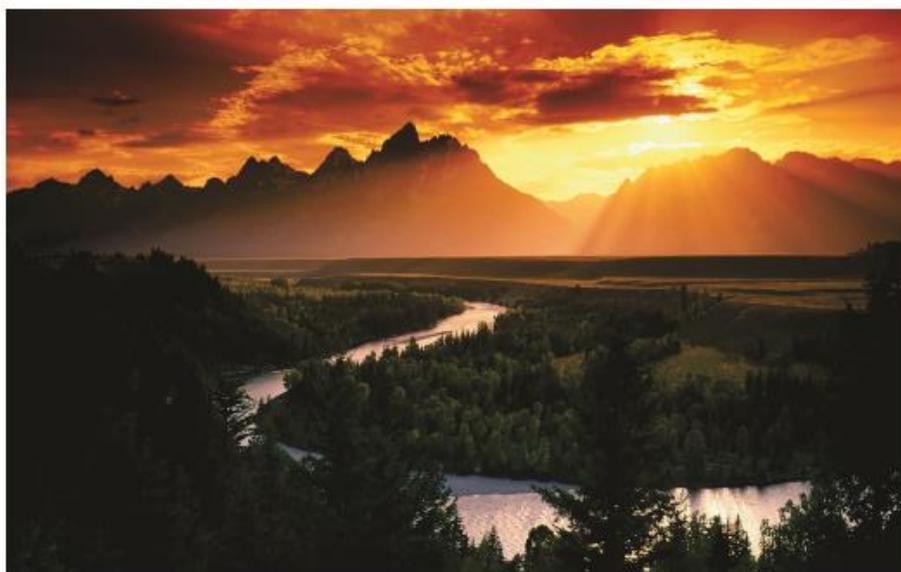
*Francisco Vernet*

*Ciudad de México, México 1964*

# El Bosque De Las Mil Lágrimas

Más allá del Valle Imperecedero y La Ciudad De Los Túmulos,  
Se extiende un bosque más antiguo que Las Montañas Ventosas,  
En el reino de las hadas;  
Los hombres lo llaman, aún en tiempos oscuros,  
El Bosque De Las Mil Lágrimas;  
Un río de aguas mansas, atraviesa su anciano corazón,  
Sus arroyos todavía portan magia,  
Nacida en tiempos de la creación,  
Conservada bajo techos de hoja y rama;  
Voces sibilantes sisean entre el junco y el estanque,  
Bajo cielos estrellados y rocas labradas,  
Se eleva el vapor de fuentes cantarinas,  
Derramando sus lágrimas mientras se amontona la hojarasca,  
Sus voces ascienden junto a estanques y silfos,  
Hacia la negra cúpula, el gris manto,  
O el rojo cielo del crepúsculo;  
Tras las aguas, cantan antiguos dioses,  
A las rocas decoradas con flores y musgo;  
Redes de plata, manos nudosas de roble,  
Olmos y flautas sombrías,  
Reciben al viento cargado y quejumbroso,  
Entre cortinajes de cabellos verdes,  
Que cubren los viejos caminos;  
Paredes lejanas, apagadas como estrellas caídas,  
Espadas y lanzas verdosas en veredas de tierra y hierba,  
Flanquean orillas escondidas al ojo inexperto;  
Los llantos del bosque todavía asombran,  
A los espíritus del aire y la tierra,

Acompañando con dulces canciones,  
La música de sus estanques y trémulos brazos,  
Rebosantes de vida y también magia,  
Aunque no todos pueden percibirla,  
Pues pocos conocen la intención de cada nota,  
Imbuida en los sonidos producidos,  
En tiempos de la creación.



*Ignacio López Castellanos*

*Asturias, España, 1988*



# Pobre huérfano olvidado

En el seno de tu especie,  
Coges lo que te pertenece,  
Pero ahora el cielo,  
Te parece lejano,  
Cuando los ángeles cantan,  
Al fin del deseo olvidado,  
Bajo luces de neón,  
Y suelos de azufre.

La decisión nunca fue tuya,  
Yo no sé si mi sangre,  
Servirá de vaso o recipiente;  
El susurro de nuestra familia,  
Se perderá como un juego,  
De reyezuelos niños,  
Y demonios de seda.

Cuatro reinos,  
De tierra, arena,  
Madera y hierba,  
Se desmoronan en largas estelas,  
Cubiertas de sangre  
Y dulces palabras,  
Envueltas en humo,  
Y muerte;  
Los justos enferman,  
Los villanos crecen sobre flores,  
Recolectadas por esclavos,

De vientres hinchados,  
Y deseos colmados.  
¿Ves el cielo combarse  
Y tu vientre encogerse?  
Buena señal,  
Prepara el fuego,  
Es hora de encender,  
El pecho desnudo;  
Ya llega la bruma silenciosa,  
Ya llegan las grietas,  
Sobre nuestra piel herida,  
Ya llega.



*Ignacio López Castellanos*

*Asturias, España, 1988*



# La Exagerada

## Una piba como yo

### Radioteatro

Él\_ ¿Qué estás haciendo?

Ella\_ Nada.

Él\_ ¡¿Ése es tu documento?! ¡No podés hacer eso!

Ella\_ ¡Es mí documento! ¡Y con lo mío hago lo que quiero!

Él\_ ¡No podés escribir el documento de identidad con lapicera!

Ella\_ ¿Qué querés? ¿Qué lo haga con lápiz? ¡Se va a borrar!

Él\_ ¡Con nada lo podés escribir! ¡Si está mal, lo tenés que mandar a hacer duplicado!

Ella\_ ¡Éste es duplicado! ¡Pero vino mal! ¡Solo lo estoy corrigiendo!

Él\_ ¡¿Cómo que vino mal?! ¡De todos modos, tenés que ir al registro civil para que te lo arreglen! ¡¿En qué se equivocaron?!

Ella\_ ¡En la edad se equivocaron! ¡Pusieron que tengo treinta y ocho! ¡Tenían que poner treinta y uno!

Él\_ ¡¿Pero... no cumpliste treinta y ocho el mes pasado?!

Ella\_ (GRITANDO) ¡¡¡Por eso!!! ¡¡¡Les dije que pongan treinta y uno!!!

¡¡¡Me quieren hacer ver más vieja de lo que me debería ver!!!

Él\_ ¡En el documento tenés que tener la edad que tenés! ¡¿Cómo les vas a decir vos la edad que querías tener?!

Ella\_ ¡No dije que querría tener treinta y uno! ¡Querría tener veintiuno! Pero... (APENADA) Ya no doy esa edad...

ELLA SOLLOZA.

Él\_ ¿Y ahora qué te pasa?

Ella\_ (SOLLOZO) Estoy triste porque estoy un año más vieja. (LLORANDO) ¡Me van a salir canaaas!

Él\_ (CONSOLADOR) ¡Bueno, calma! ¡No estás vieja! ¡Estás joven!

Ella\_ (SOLLOZANDO) ¿En serio? ¿Me veo bien?

Él\_ ¡Sí, por supuesto! ¡Claro que te ves bien! ¡Es más: parecés una adolescente!

Ella\_ (ALEGRE) ¡Ah, bueno! ¡Entonces me equivoqué! ¡Está todo bien!

Él\_ ¿Estás mejor? ¿Te sentís bien?

Ella\_ ¡Genial me siento! ¡Genial!

Él\_ Me alegre, pero... ¡¿Qué hacés ahora?!

Ella\_ ¡Estoy cambiando la edad del documento! ¡Si parezco una adolescente, voy a poner que tengo dieciocho años!

Él\_ ¡¡¡¿Qué...?!!! ¡¡¡¿Por qué?!!!

Ella\_ ¡¿Cómo por qué?! ¡Tengo que hacerlo!

Él\_ ¡¿Pero por qué?!

Ella\_ ¡Y...! ¡Así puedo entrar en los boliches donde va la gente joven, pero también puedo comprar cerveza! ¡Así puedo conquistar a un chico lindo!

¡¿Sabés la cantidad de chicos lindos que hay?!

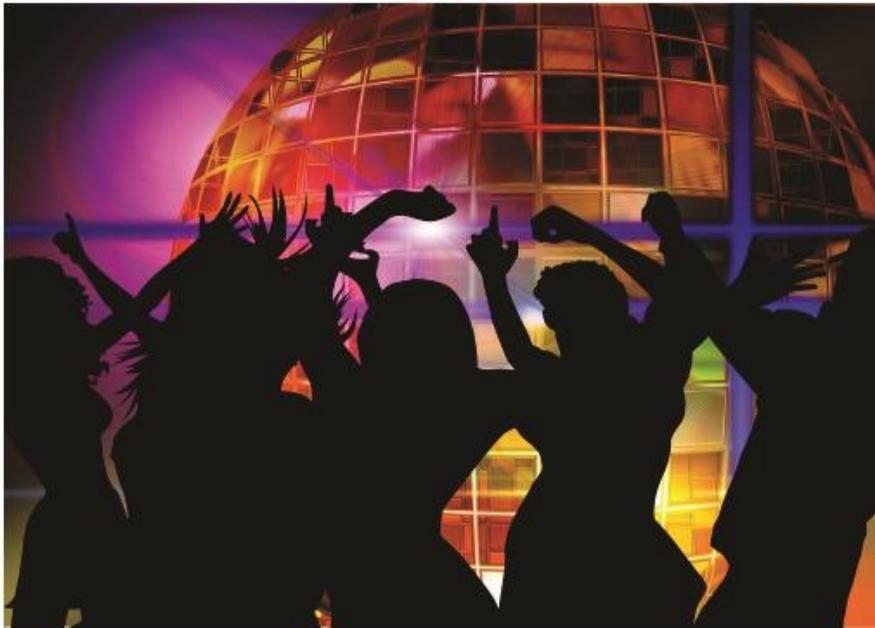
Él\_ ¡Pero no podés salir a conquistar pibes en esos boliches!

Ella\_ ¡¿Por qué?!

Él\_ ¡¡¡Porque ahí van sólo los chicos de dieciséis o diecisiete años!!! ¡Y vos sos mayor! ¡Podés tener problemas con la ley!

Ella\_ ¡Bueno...! ¡Pero entre un pibe de diecisiete y una piba de diecisiete como yo...! ¡No creo!

FIN



*Victor Gabriel Pardo*

*Buenos Aires, Argentina*

# Frases célebres

Estimados amigos.

El próximo 28 de Febrero se cumplirán 100 años desde la muerte de uno de los más célebres baluartes de la literatura trasatlántica, Henry James, estadounidense de nacimiento, británico de adopción, y afamado novelista y crítico.

Nos dejó una obra extensa sobre la que posteriormente se han vertido ríos de tinta. Por citar tan sólo un par de ejemplos mencionaré "Otra vuelta de tuerca" y "Retrato de una dama". Pero más allá de dichas obras, lo que destacaría de su legado es su particular visión del arte (emocional), de la condición humana (malvada), de Londres (un territorio de pasiones reprimidas), y de la lengua inglesa (válida para todo menos para entenderse).

¡Qué poderosa es la literatura que nos permite revivir obras, ideas y pensamientos un siglo después de que sus autores nos dejen! ¡Qué bella es la literatura que nos convierte en inmortales! Sirvan pues las siguientes frases para homenajear, recordar y, por supuesto, resucitar su figura:

· "Hay tres cosas importantes en la vida: La primera, ser amable; la segunda, serlo siempre; y la tercera, nunca dejar de serlo."

· "El hombre es la suma de sus fantasías."

· "De nada soy capaz respecto a usted, salvo de estar endemoniadamente enamorado. Y cuanto más fuerte es uno, con más fuerza quiere."

"Un carruaje bien rápido, rodando a distancia en la noche oscura y tirado por cuatro briosos caballos por caminos invisibles, ésa es mi idea de la felicidad."

Que tengan todos ustedes un mes pleno en salud e inspiración.



*Victor Alejandro Hernández García*  
*La Palma, Canarias, ESPAÑA - 1978*